

da y el Pan de azúcar de frente, que despejados los vapores, nos parecía más elevado.

Mis buenos amigos y yo, llegamos al hotel y ordenamos nos sirvieran un almuerzo, que bien lo necesitábamos por el ejercicio que habíamos hecho.

Terminando éste y despues de la sobremesa, en que Zeferino y yo hicimos agradables recuerdos de Roma, refiriéndome él los nuevos y más notables incidentes que habian ocurrido en esa ciudad desde que me habia separado de ella, se despidió de nosotros, ofreciendo volver á la tarde y en los dias siguientes para acompañarnos á los paseos y llevarnos á la Academia de Artes para presentarme á los profesores de pintura y escultura.

Separados unos de otros, me propuse venir á mi cuarto para escribirte la presente, dándote cuenta de mi impresion y ofrecerte continuar mi relato de las futuras, en otra carta.

Pásalo bien, María, y manda á tu amigo.

Rio Janeiro, Julio 5 de 1880.

MARIA QUERIDA:

Mi amigo Costa ha procurado mañana y tarde, estar siempre en el Hotel del Comercio para salir á pasear conmigo y servirme de Cicerone.

Una noche, ántes de que encontrara á este amable amigo, fuí á la plaza principal despues de la comida y, por ir á alguna parte sin destino fijo, me entré á un wagon que partia en direccion á Occidente; dió varias vueltas y revueltas sin saber yo por dónde caminaba ni cuál era el término de su carrera; entrábamós á unos callejones y saliamos á otros;

llegábamos á unas plazas y desembocábamos á nuevas calles.

Todo este terreno era desconocido para mí, porque seguramente no habia andado por allí de día.... en fin, salió el wagon á despoblado y desde allí concurrí á ver las orillas de un lago á cuyo borde caminábamos, y enfrente, y de trecho y varias distancias, multitud de masas negruzcas: eran algunas islas; más léjos y en distintos puntos, luces aisladas y filas extensas como de faroles que alumbraban una calle..... finalmente, todo el tramo del camino y los objetos que se presentaban en el lago, tenían un aspecto fantástico y misterioso. Gana me daba de preguntar al conductor si aquellas luces que se veían eran el resultado de alguna iluminacion de los pueblos de la contra-costa ó era alguna fraccion de la ciudad separada por aquella laguna, que solemnizaba alguna festividad; pero rehusé verificarlo, porque no hablaba el portugués y habria sido inútil mi pregunta en español.

Llegamos entretanto, al fin del viaje, que era un lugar desierto, aunque alumbrado, y al frente se veía un cerro bastante elevado, con grandes peñascos rodados á su falda.

A poco, cambiadas las mulas de la tranvía, regresamos á la ciudad, y yo quedé ignorante del nombre del lugar que [habia visitado y que tan extraño me habia parecido.

De día quise explorarlo en union del Dr. Foster, que fué mi compañero la víspera, y ambos decidimos tomar uno de los wagones que salian por el rumbo del que nos condujo la noche anterior, aunque habia otros que llevaban el mismo camino, pero que torcian despues por otras curvas ó ramales y se encaminaban á otra parte, y nosotros vacilábamos en cuál sería el que se dirigia al lugar propuesto. En fin, como no sabíamos su nombre, tomamos el que nos pareció nos conduciria allá y nos pusimos en marcha.

Comenzó á andar el carro y á poco dió algunas vueltas y llegó á un sitio

enteramente diverso del que buscábamos. Debes considerar la desesperación que esto nos causaría, aunque el haber errado nos proporcionaba conocer una nueva localidad. Para no cansarte, te diré, que varios días intentamos encaminarnos al lugar misterioso y deseado, porque formamos un verdadero capricho por la dificultad que se nos oponía y ésta misma nos lo figuraba más hermoso; hasta que una tarde, hablando á Zeferino de esta circunstancia, y dándole la seña de los accidentes del tal sitio, nos preguntó si sería Pradera Formosa, que coincidía con las señas que le dábamos; no sabiendo qué contestarle, nos decidimos á salir de la duda encaminándonos á ella, y efectivamente, al salir de las últimas calles, comenzaron á presentarse los vestigios que vimos aquella noche, y hacíamos reminiscencia de aquellas masas negras y los lugares en donde habíamos notado la iluminación.

Reíamos entonces de la dificultad que nos había costado encontrar á Pra-

dera Formosa, y todo por no saber la lengua portuguesa.

Con razón dice el refrán: «quien tiene boca á Roma va,» aunque éste se puede modificar añadiendo: «si se saben los diferentes idiomas.»

De todos los tramos que conducen á los diferentes paseos de Rio Janeiro, sin duda éste es el menos hermoso, porque ni tiene al paso las lindas casas de campo, ni los jardines de los otros; pero en cambio, toda la vista del frente que corre del Noroeste al Sudoeste, es preciosa, porque siendo una gran ensenada de la bahía con sus muchos islotes y algunos trozos de población y contracosta, tiene su importancia de día y de noche.

Al llegar el wagon á su término, que es lo que se llama Pradera Formosa, lo verifica en un llano que limita por el Sur con la vía que conduce á la Estación de Sá, y por el Oriente, con un cerro en donde se trabajan varias canteras, mirándose á los trabajadores á

distintas alturas y grandes trozos de peñascos rodados.

Enfrente, mirando al Sur, se disfruta del panorama de una parte de la poblacion que queda á la falda extendida por ese lado, del alto Corcovado, terminando al Sudeste con una gran casa de campo en la que habita el Emperador, que era la que se veía iluminada la otra noche con una fila de luces.

Satisfechos de haber encontrado lo que tanto empeño teníamos de hallar, seguimos visitando otros paseos, y nos dirigimos á Ingenio Nuevo, que está en el mismo camino de la Estacion de Sá. La distancia que se recorre á esta linda poblacion es considerable; pero en cambio, se disfruta á cada paso de la vista de hermosas casas de variadas formas, muchas de ellas, de arquitectura oriental, gótica, chinesca y de otras especies raras, siempre circundadas ó á su frente de la exuberante vegetacion del el ma brasilero.

Ingenio Nuevo, no es otra cosa que una sucesion de jardines con las casas

engastadas en ellos como los nidos de los pájaros entre los árboles, no hay esa aridez que se nota terminando el campo y entrando á los suburbios de un pueblo ó ciudad; aquí todo es verdura, todo son flores y una atmósfera aromática que embalsama el aire y dilata la respiracion de los habitantes.

Salimos de este lugar delicioso y pasamos á Sá, que está inmediato: visitamos las oficinas del ferrocarril, que son bonitas y bien arregladas, y á poco pitó el tren que venia de fuera, el que arribó á poco y presenciarnos la gente que venia en él.

Regresamos, porque eran ya las cinco y media de la tarde; al paso vimos una plaza nueva de mercado, recién construida, grande y de buen efecto por su forma; adelante, un canal de cal y canto con dos fuentes de fierro; despues llegamos á la Estacion central formada de un gran edificio de granito, cuya fachada mira al Oriente, dando frente á la extensa plaza del «11 de Junio,» en la que, á su costado Norte, está un cuar-

tel monumental, con una fachada como de trescientos metros de largo, y al del Sud, la gran Plaza de la Aclamación, que fué donde se proclamó la Independencia del Brasil por D. Pedro I; en el ángulo Sudeste, se mira la casa de Moneda y al Este, la Cámara Municipal inconclusa, de arquitectura griega, ornada de grandes columnas y nichos con estatuas simbólicas.

No extrañes, María, que haga yo uso con frecuencia del calificativo grande en todo lo que atañe á Rio Janeiro, porque efectivamente, sus edificios, monumentos y jardines lo merecen, así como todos los segundos, sin excepción, son de esa piedra blanca de granito con chispas de brillante.

El domingo en la noche, fuimos al teatro Imperial para oír la Opera de "Don Juan," que se cantaba por la Compañía Ferrarí. Allí volví á ver á mis compañeros de viaje, recordando yo las innumerables peripecias efectuadas entre los cantantes, bailarinas y comparsa, reconociendo perfectamente á la

prima-donna, el tenor y á otros á pesar de la cascarilla y los trajes que los disfrazaban.

Efectivamente, la Compañía era escogida así como la orquesta, de primer orden: de entre las bailarinas, volví á ver á nuestra *mechuda*, á la de los grandes tacones, alias *zancuda* é igualmente á otras que se nos hicieron notables por sus coqueteos y exageraciones en el vestir.

A esta función concurrió el Emperador D. Pedro II y la Emperatriz, colocándose en un palco inmediato al escenario, sin embargo de haber el imperial, que está sobre la entrada principal del patio, adornado de cortinas de terciopelo carmesí, franjas de oro y coronado de las armas reales.

De la estructura del teatro Imperial hablé mas arriba, que no vale gran cosa y además tiene un aspecto anticuado.

Todas las noches de ópera no faltan sus M. M., y siempre ocupan el mismo palco; se presentan con sencillez y acom-

pañados sólo de dos ó tres chambelanes y dos damas de honor.

Yo conocí al Emperador en Rusia de 1867 á 1868, y si tienes curiosidad de conocer su físico, te transmitiré algunos de sus rasgos así como de los de la Emperatriz: D. Pedro II tiene una fisonomía simpática y noble, su estatura es elevada y robusta, que representa muy bien su alta dignidad; lleva toda la barba aunque corta, y ésta y el pelo son blancos, sin embargo de que la epidermis del Emperador es fresca y sin arrugas, denotando por su buen color un temperamento sano.

La Emperatriz es de estatura regular, buen color, medianamente hermosa, aunque estará ya en los cuarenta y cinco de su edad y es ménos simpática que su marido; viste también con sencillez y se presenta bien peinada, formándose una pequeña auréola con el pelo.

Ahora te diré una palabra de la parte moral del Emperador; éste, de todos los soberanos reinantes, es uno de los más ilustrados; posee varios idio-

mas, una gran copia de conocimientos enciclopédicos; ha viajado mucho y su carácter es progresista; le gustan las innovaciones y protege el mérito y el talento; en fin, es un hombre notable, accesible, justiciero y digno de ocupar el trono.

Aunque en el Brasil germinan las ideas republicanas, nadie piensa en cambiar el actual orden de cosas, por respeto á la memoria de D. Pedro I, que independió la Colonia de la dominación de la casa de Braganza, y por consideración al hijo que es un gobernante progresista y bastante republicano en todos sus actos.

Con la pequeña descripción que he hecho de algunos jardines, creo que será suficiente para que te formes idea de los demás; porque si te diera una noticia pormenorizada de ellos probablemente te fastidiarías, y por esto permíteme hablar solamente dos palabras más sobre los alrededores de Santa Teresa, que por ser distintos en su carac-

ter de los demás, merecen una descripción.

Para dirigirse á éstos, se toma el wagon en la plaza central, y despues de recorrer algunas calles, se llega frente á una fachada en donde el viajero se apea, entra á un zaguan grande y ahí lo espera un ferrocarril inclinado de vapor, que se dirige á la meseta superior del cerro, al Sur de la ciudad: cuatro wagones esperan y, cuando están llenos ó no de pasajeros, ascienden para lo alto, al mismo tiempo que bajan otros tantos de la eminencia, en donde se halla la maquinaria, que por medio de una faja de alambre subterránea, tira los carros que verifican la ascension. Este mismo sistema se ha empleado en dos de las calles elevadas de San Francisco California: en la de Sutter y en otra que no recuerdo.

Llegados á la plasaforma superior del cerro de que vengo hablando, los pasajeros salen de los carros que los condujeron hasta allí y se trasladan á otros que esperan en ese lugar, tirados

por mulas, y al punto emprenden la marcha por los diferentes laberintos y veredas del cerro, llenas de casas grandes y pequeñas, en las que va quedando la gente que regresa ó va del centro de la ciudad.

Se deja entender que las vistas que se disfrutan por todo el tramo que recorren los tranvías, son bellísimas, porque desde esas alturas se domina una gran parte de la ciudad y un trozo de bahía, las muchas irregularidades del terreno, los templos y un sin número de edificios y jardines.

Yo recorrí un trecho bastante largo, mirando tan pronto ese panorama delicioso, y tan pronto el cerro que llevaba á mi costado ó á mi espalda, segun eran las vueltas que daba el carro; ese cerro era el Corcovado, que dominaba considerablemente por el Sur.

Este paseo, como se debe suponer, lo verifiqué en union de mis amigos el doctor Foster y Zeferino Costa y, cuando hubimos descendido del cerro, nos encaminamos á Catumbí.